

EL BAZAR MURCIANO

Septiembre

Ábrese el BAZAR á las 6'30 m.
Ciérrase á las 11'45 n., ó des-
pués, si hay gente.

1.^o

1892.—Se publica el primer
número de este periódico.

MARTES

Para los forasteros, San
Bienvenido.

Hecho de los Establecimientos de su nombre.

Murcia y Cartagena

DIRECTOR-PROPIETARIO, RICARDO BLÁZQUEZ.

El Bazar Murciano

No me atrevo con el modernismo en literatura, pero este Ricardo Blázquez, padre, editor, arreglador y confeccionador de este periódico, no solo me impone que escriba aquí, en el frontispicio, sino que además me exige la frase perifrásica y el estilo decadentista.

Todo esto, dicho á su modo, y dado á entender tan suavemente, que no hay manera de resistirlo.

¿De cuándo acá, amigo Ricardo?

¿Pues no te vá á tí bien, hijo mío, con tu sencillez candorosa, con tu palabra sóbria, con tu decir natural?

¿No te haces tú entender de todo el mundo con tu castiza gramática castellana?

¿Tú, que en este punto, estás como Pio X, nuestro egregio Pontífice, que no sabe francés, no has traído, sin embargo, de las mejores fábricas francesas y alemanas, lo mejor que han producido en el ramo de juguetería?

¿No te has dirigido á la altiva Albión y te ha contestado?

Y bajo el punto de vista literario: ¿No te han firmado sus letras, clásicos ilustres como Balart, Rueda, Ricardo Gil y otros?

¿Qué magia tan irresistible no tendrá tu llaneza campechana cuando obliga hasta á esos irreductibles retraídos?

Llamemos las cosas por su nombre: al Bazar Murciano, establecimiento, emporio de preciosidades, y al BAZAR MURCIANO, periódico, publicación selecta, prospecto eminentemente literario, album murciano, en cuya colección figuran los nombres de cuantos en Murcia han tenido relaciones honestas con las musas y han dedicado su ingenio al cultivo de las letras.

Este periódico es un número más de esa colección y lleva lo suyo. La autoridad envidiable y la sazónada madurez de los años, con la frescura irresponsable de la juventud. Lleva verso y prosa; clasicismo, romanticismo y modernismo; alegría y sentimiento; decires y cantares, bueno y mediano, filosofía y arte, ilusiones y desengaños, ripios y lindezas, bombo y platillos.

Periódico más ameno y, sobre todo, más barato, no le hay en el mundo. Todo en él está expresamente escrito para un fin determinado. Como que no tiene más que una finalidad! La que expresa el editor, cuando dice: «Ya Vd. me entiende.»

Se recomien la á los padres de familia porque les prepara á feriar dignamente á sus hijos; y á las señoras y señoritas, porque además de proporcionarles fácil y distraída lectura, les pone á tono con los días alegres y feriados.

Conservad este periódico. Con él en la mano se entra en el Bazar como en casa propia. Es una tarjeta de recomendación. Es una localidad de butaca. Es un programa comercial-político-administrativo y seductor, que se cumple fielmente.

Cada cual responde en este periódico de lo que ha escrito; pero el que hace bueno lo dicho por todos, es el propio Ricardo Blázquez, detrás de su mostrador.

Allí es donde hay que ver al hombre, al comerciante y al editor responsable de EL BAZAR MURCIANO. Allí está hasta jóven, hasta bello; no se sabe ni de qué pié cojea.

JOSÉ MARTINEZ TORNEL.

Hay un Bazar en Murcia, según parece, que todos los elogios se los merece, y que, á juicio de gentes de muy buen tono, las tres BES de ordenanza tiene en su abono, pues cuanto en él se vende sin aparato resulta al fin BONITO, BUENO Y BARATO.

Como, porque lo quiso mi mala suerte, veintiocho años, oh Murcia, llevo sin verte, jurar no necesito, siendo tan llano, que no conozco el lindo Bazar Murciano, cosa nueva, reciente, fresca, lozana... cosa como quien dice de ayer mañana.

Elogiarlo querría; mas mi conciencia pide elogios fundados en la experiencia, y, como me aseguran que allí hay de todo, quizá de tributararios encuentre modo, si el tal Bazar me vende, sin marca astuta, cualquier articulejo de esta minuta:

Un gobierno que al cabo, puesto en el brete, cumpla una vez siquiera lo que promete; un orador Krausista que, en los debates, no diga en tres vocablos tres disparates, y que, cuando conjugue con mayor tino, no desfigure al propio Verbo divino; un chistoso de oficio que no dé tédio; un programa que sirva para un remedio; un poeta sin ripios ni tonterías; una ley no violada todos los días; un autor modernista sin histerismo, ó un español conforme... consigo mismo.

Si algo de esto me envía tarde ó temprano, sostendré que no hay otro Bazar Murciano, y que, en objetos raros, él es el solo que existe entre el ardiente y helado polo,— como dijo un poeta de chilindrinas, que después fué intendente de Filipinas y ministro del ramo:—por que en las tiendas políticas hay cosas más estupendas que cuantas, en invierno como en verano, puede ofrecer el rico Bazar Murciano

FEDERICO BALART.

Madrid, 4 de Mayo de 1903.

Aunque viajar no suelo con la lira por no pagar exceso de equipaje, me pide Blázquez versos y allá van versos donde quiera Blázquez.

Pero no cantaré las baratijas que adornan su lujoso escaparate, porque (dicho en secreto) para mí nada encierran sus cristales.

Desde que se perdieron las colonias los soldados de plomo no me atraen ni cajas de sorpresa me enamoran: aquella fué bastante.

Para vestir el traje de torero me falta el garbo y además la sangre; muñecos de resorte abundan en las casas y en las calles.

Esas mil chucherías con que sueñan las niñas casaderas, noches antes de dar el sí de pecho, me ponen de un humor inaguantable.

Entre sí cuchichean y en su idioma me llaman solterón recalcitrante; pero no me convencen las flores de azahar artificiales.

No me tientan... Quizás con aquel frasco que en un rincón se oculta vergonzante, si el rótulo no miente, reverdezcan marchitas mocedades.

Él me promete dar á mis cabellos un jugoso matiz de chocolate.... Horror!... Tu nombre acude á mis labios, matrona venerable,

Tú que eras niña cuando yo inocente buscaba con afán juegos florales por ceñir la englantina de plata á tus cabellos de azabache,

Tú te los tiñes... pero en vano doran tornasoles rojizos y mudables

su blancura, queriendo disimular del tiempo los ultrajes.

Y si tú no consigues en las almas despertar ilusiones deleznales, ¿cómo ha de conseguirlo quien nunca tuvo encantos naturales?

Tocayo; nada tienta mi codicia entre esas mil y mil preciosidades... ¿Tiene Vd. unas gafas que el color de las cosas me disfracen?...

Con ellas cantaré más que un canario: sin ellas es inútil esforzarme. Lo prueban estos versos que valen poco por desgracia.

Vale.

R. GIL.

Pinatar 23 Agosto 1903.

Tarjeta Postal

AL SR. D. RICARDO BLÁZQUEZ

Al recibir su carta refrendada por mi insigne amigo Frutos, me dispongo á irme á Andalucía. Me coje sin tener otra cosa inédita, que los versos siguientes. Queda V. complacido.

Á UNA DAMA

pintada de vanos modos en un abanico.

Con el trabajo del buril constante se labra la faceta diamantina, y amante el sol la vuelve cristalina con un beso de luz que es un cambiante.

Sigue el buril su paso rutilante recorriendo la piedra peregrina, y con sus cien tallados la ilumina de ellos haciendo un único brillante.

Un gran pintor con el color jugando, fué en diversas posturas retratando tu ser que cual diamante reverbera.

Y la vitela al salpicar de tintas, le pintó cien imágenes distintas y una sola hermosura verdadera!

SALVADOR RUEDA.

Madrid, Mayo, 1903.

UN TIRANO SIMPÁTICO

SONETO

De armas de tiro rápido repleta, es esta tienda aguardadero ó puesto de un hábil cazador, siempre dispuesto á cazar piezas de oro y de peseta.

Cargada hasta la boca la escopeta, escucha Blázquez con alegre gesto cómo rompe á cantar, el laud enhiesto, porque le entren incáutos, el poeta.

Y así caza sin veda todo el año, y saca de cazar frutos opimos; mas; suloca ganancia por qué extraño, si á fuerza de amistad damos en primos, y nos caza también con dulce engaño á los que de reclamo le servimos?

RICARDO SÁNCHEZ MADRIGAL.

CONSEJOS

Á LOS FUMADORES EN PIPA

Lo mejor sería no fumar, ni aun en pipa. Pero ya que se fume en pipa, escójase ésta ligera, de poco peso, con el hornillo lo suficientemente grande pa-

ra que se pueda atacar de tabaco con la yema del índice, y con el cañón, ni muy largo, porque entonces la pipa hace mucha palanca en los dientes, ni muy corto, por la vecindad del fuego. Las de violeta legítimas, suelen tener las convenientes proporciones. El tabaco debe estar algo fresco, sin llegar á húmedo: húmedo, sale demasiado fuerte, y se apaga; y seco, sobre perder su aroma, se ataca mal y lastima la yema del dedo. A media pipa fumada, hay que atacar de nuevo la carga suavemente: ya esto no puede hacerse con el dedo, pues se quema y se ensucia: se hace con el *cuetito* de un lápiz, v. gr.; pero es mejor con una herramienta *ad hoc*. Luego de fumada una pipa, no se vacía del todo; se le deja algun tiempo el residuo de tabaco que queda adherido á las paredes del hornillo, para que así se vaya mejor *aculotando*. Cuando va á fumarse de nuevo, entonces se rascan las paredes del hornillo con una navajita, si no con un rascador más á propósito. De cuando en cuando hay también que limpiarle el cañón, de la nicotina que se le va depositando. Por esto conviene que dicho cañón sea seguido y sin obstáculo ninguno. Sirve un hilo bramante de dos cabos, teniendo cierta habilidad; pero es más cómodo un escobilloncito «limpia-pipas». Este sale del cañón muy sucio (como que limpia bien) y con un olor apestante, por lo que hay quien lo arroja luego, utilizándolo sólo una vez: es que entonces se debe limpiar con alcohol, que disuelve la suciedad de la nicotina.—De todos esos *chismes* (atacadores, rascadores, escobilloncitos, etc.) tiene surtido el BAZAR MURCIANO.—Conviene además que esté la pipa descansada, para lo cual el fumador tendrá varias en uso, haciéndolas turnar. Finalmente, nadie debe fumar más que en sus pipas. Y no hay que *apurarlas* con exajeración.... Verdad, amigo Blázquez?

A. BAQUERO.

LA CIENCIA

Prometeo, el hijo de los dioses, por su desobediencia y rebelión, ha sido amarrado con férreas cadenas á la abrupta roca del Cáucaso: colgado en el abismo, con los miembros distendidos por los hierros, las carnes sangrando y el pecho estertoroso y anhelante sufre en las entrañas la voracidad de la rapante bestia, que le devora el cuerpo y le bebe la sangre. De su seca y entreabierto boca se escapan ayes de dolor, que retumban en la inmensidad del mundo.

A su lado, enfrente de él, doblado aún por su naturaleza semi-simia, con la cabellera hirsuta y encrespada, que baja hasta su lomo en retorcidas mechadas, cual matorral anguiforme de Medusa; con la frente estrecha y huida, las cejas prominentes, los ojos pequeños y sanguinolentos, la nariz chata y felina, el belfo carnoso y colgante, cual morro de hervíboro; la mandíbula inferior canina, bestial y carnívora; las manos como garras, y desnudo, completamente desnudo, con la roja piel cubierta de polvoriento vello, se encuentra el primer hombre, el hombre salvaje. Tiene en su diestra una antorcha cuya llama, rumorosa y vacilante, alumbraba el cuerpo del dios y

agiganta las sombras que en círculo, á su alrededor proyectan las altas penas. Solo aquella luz ilumina la tenebrosa y cerrada noche.

—Tómala, dice Prometeo á aquel ser más bestia que hombre: toma esa antorcha, que la he bajado del cielo para tí; y, por haberle robado á los dioses, mi eterno padre me condena á una vida sin fin de sufrimientos y de penas... ¡Tuve piedad de tu miseria y de tu esclavitud y por amarte sacrifiqué mi dicha!... Con esa antorcha te hago dios, porque te doy las dos armas de Júpiter; el fuego, que corta las ataduras de toda servidumbre, y la luz, que es la verdad, ante la cual huyen las tinieblas y mueren los misterios. Iluminando con esa antorcha el sendero de tu vida, no habrá camino que no te sea recto, y á la rebelde y titánica naturaleza la domeñarás con ella á tus caprichos, siendo entre tus manos como cera blandísima. Con esa luz nunca tendrás terror, pues no hay poder más grande que el de la verdad, y nunca serás esclavo, que toda libertad está en el fuego. Con ella encenderás el mundo y podrás contar las estrellas del cielo y las palpitaciones de la vida, y por ella también todo secreto te será revelado y el hombre se hará á sí mismo, que por la acción de esa luz tus hijos serán distintos que tú, y gozarán la belleza, y amarán el bien, y el hombre tendrá prójimo; pues á los tiempos de barbarie y de ignorancia sucederán otros venturosos de saber y de dicha; y á los de opresión y tiranía, los de justicia y libertad; y á la espada, el derecho; al hambre la hartura; á la explotación vil, la equidad reparadora; al odio, el amor; á la mentira, la verdad... Vendrá alguien que te predicará contra esa luz y que intentará apagarla, pues no le creas, que si esa luz se extingue, tú de hombre te cambiarás en bestia... ¡Esa luz es la Ciencia, el que se ilumina con ella vivirá siempre!... Vete, y sé feliz.

Y el hombre salvaje bajó corriendo el sendero de la montaña, blandiendo admirado aquella antorcha á cuya claridad se iluminó por vez primera su camino en la noche oscurísima. Llegó á la puerta del antro del troglodita, derribó con desdén el *dolmen*, fetiche petreo que simbolizaba el dios del misterio y del terror, clavó sobre el ara la llama del saber, la luz alumbró la cueva, el fecundo calor de la nueva vida penetró en la sima, y nació la familia humana.

Mientras tanto, y por siempre, llena todo el ámbito del mundo el grito de dolor de Prometeo, que, encadenado en la alta cumbre del Cáucaso, clamó con voz de tristeza infinita:—¡Ay! padre, padre!... ¡Si hago el bien, por qué me atormentas?—

TOMÁS MAESTRE.

S. Javier 30 Julio 1903.

El primer Museo

Mi vecino don Crisanto Butifarrez y Alquitrán, tiene en su casa un museo histórico sin igual, formado por chirimbolos de dudosa antigüedad, que han logrado perturbarle la papilla cerebral. Guarda en un tarro de almibar algo del Gran Capitán, que tiene muy mal aspecto y sabe Dios qué será. En un armario conserva calzoncillos de San Blás, la partida de bautismo del rey mago Baltasar, y el tricordio de un civil de los que, según San Juan, prendieron á Jesucristo en el sagrado olivar. En una vitrina tiene, junto á un casco de Bismark y otro casco, delantero, de la burra de Balaam, las gafas con que cosía la mujer de Putifar y un rail de la vía láctea, y en un tubo de metal el hilo de la existencia de Inés la *Despergonzá*, enhebrado en la mismísima aguja de marear; y en otro lado la lanza que al corpulento Goliat arrebató en Filipinas

Cyrano de Bergerac. En fin, son innumerables los objetos que en su hogar vá reuniendo don Crisanto Butifarrez y Alquitrán. Pues bien; andaba diciendo, henchido de vanidad, que por nada cambiaría su museo colosal, no habiendo establecimiento ni casa particular que le ganase en artículos de valor y utilidad. Yo que escuché sus bravatas un día, le dije:—¿Qué tal? Y le agarré de una oreja y le conduje al Bazar que tiene Blázquez en Murcia, y allí con habilidad le mostré infinitos géneros preguntándole:—¿Qué tal? ¿A que á pesar de ese bombo que á su museo se dá, no tiene usted ni un producto de los de la casa Gal? ¿Tiene mérito un museo que no puede presentar (como Blázquez en su tienda presenta á la humanidad entre otras mil quisicosas que no hay tiempo de nombrar), colonia, jabón, polvos para el cutis de la faz, y, sobre todo, petróleo para el pelo, con el cual se obtiene un ruedo felpudo de una bola de billar? A más, en casa de Blázquez todo lo que hay es verdad, cosa que á usted no le ocurre en su museo especial donde toma usted por ánforas cántaros de Sanchidriam, donde no hay lanzas guerreras sino cañas de pescar, y todo lo que allí existe guardado, es en realidad obra de cuatro guasones que le chupan el caudal.»

No sé si fué por mis frases llenas de sinceridad ó porque el Bazar le hiciera un efecto singular, el caso es que don Crisanto Butifarrez y Alquitrán quedó con la boca abierta... y no la ha vuelto á cerrar.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

EN EL BAZAR

—Muy buenos días, Ricardo. —Señora, á los piés de usted. Haga el favor de sentarse. —¡Muchas gracias!

—No hay de qué.

—Quisiera que me enseñara las últimas *nouveautés* para un regalo de boda, cosa buena, pues Manuel, mi esposo, cuando se trata de cumplir, tiene interés en quedar á gran altura, porque es lo que dice él: Si se ha de hacer un obsequio, ó no se hace ó se hace bien. —Y dice divinamente. —Y mire usted lo que es mi marido; en su persona no gasta ni un alfiler, pero si de mí se trata, ó de las niñas, ó de personas á quienes tenga afecto, no se halla quien le gane á gastarse un duro y quien dice un duro, diez. —Vamos, que se vé que es hombre de gusto.

—¿Que si se vé? Si no me faltara tiempo, ni me sobrara quehacer, no me volvía á mi casa sin contarle ce por be algunos rasgos que prueban su gusto y su esplendidez. Pero, aunque á escape, pues ahora no me puedo detener, voy á referirle un hecho, uno solo, de entre cien.

Estábamos destacados el año noventa y tres en Aranjuez, pues mi esposo, hoy ya retirado, fué Comandante graduado de Teniente Coronel. Si llega usted á verlo entonces, no le queda más que ver, porque era todo un real mozo de la cabeza á los piés,

mejorando lo presente.

—¡Muchas gracias!

—No hay de qué.

Pues bien; frente á nuestra casa vivía una tal Belén que era una rubia muy guapa y natural de Jerez, casada en segundas nupcias con un comerciante inglés. Solíamos visitarnos, pero no vaya á creer que á menudo, ¡nada de eso!, visitas de mes á mes. Barrighón se apellidaba su esposo, que en gloria esté, (pues hace bastantes años que el hombre entregó la piel) y tenía un génio tan áspero y un natural tan soez, que á su apreciable señora la trataba á puntapiés, y le armaba un caramillo por cualquiera pequeñez, Tuvieron un día una riña y ella por librarse de él se refugió en nuestra casa, y, como es de suponer, no teníamos más remedio que admitirla y así fué. La tuvimos cuatro meses en casa á mesa y mantel, donde dió á luz una niña, que es lo que hubiera hecho usted si se hubiera usted encontrado en nuestro caso.

—Tal vez.

—Mi marido, que no puede ningún infortunio ver, se interesó por la madre y por la niña también, y cuando el médico dijo que ya el viaje podía hacer, se brindó, como era justo, á llevarlas á Jaén, donde vivían sus padres y daban cada *soirée* que templaba el mundo. Bueno; pues con las dos en el tren se fué á Jaén, donde estuvo tratado á cuerpo de Rey, y, si no es porque el regreso le ordenó su Coronel, de fijo que no abandona á aquella santa mujer, porque, como ya le he dicho, y si no, se lo diré, no se halla un hombre más bueno del orbe en la redondez. A mí me llenó de gozo que lo trataran tan bien, y aunque me fueron con cuentos el Comandante Cortés, el Ayudante y la esposa del Capitán de almacén, diciéndome que extrañaban de mi esposo el interés por la andaluza, que era una virtud de *double*, y dále con que si ella, y torna con que si él, no les hice ningún caso, sus calumnias desprecié, y oí todo lo que dijeron como quien oye llover... Pero á todo esto ¿qué hora será?

—Ya dieron las tres.

—¡Jesús! ¿Qué estarán diciendo en mi casa? Volveré, pero más despacio, que hoy no me puedo detener.

—Pues vuelva usted y, sobre todo, sin prisas.

—Así lo haré, porque el objeto que quiero regalar, tiene que ser una cosa de apariencia y poco precio á la vez.

—Memorias al Comandante.

—¡Muchas gracias!

—No hay de qué.

(—¡Qué amable es este Ricardo!) (—¡Qué posma es esta mujer!)

Carly Lano

Anarquistas simpáticos

¡Oh, los niños!

Dejándolos á su impulso, se hacen camaradas inmediatamente un aristócrata y un golfo: no hay clases. Saltan los vallados para tomar la fruta que de-sean: no hay propiedad. Van al colegio á viva fuerza, el profesor es el mayor tirano del mundo, hacen judiadas con los libros... ¡bravo! Niños y niñas jue-

gan juntos, se acarician, se esconden, duermen en un mismo lecho, se rien del pudor: ¡magnífico! No hay nada libre de sus manos, todo perece en ellas: decapitan ejércitos enteros, arrasan castillos, hacen templos, erigen altares, alzan tronos... luego lo hunden todo, lo tiran todo patas arriba y los fabricantes y los vendedores de juguetes sonríen ante ese espíritu de destrucción... ¡soberbio!

Desde este periódico anunciador de juguetes y chucherías, yo os saludo, niños... ¡anarquistas encantadores!...

VICENTE MEDINA.

A Ricardo Blazquez

Si en vez de escribirte yo te escribiera mi Angelita, una niña que no tiene los seis años todavía y que rompe más muñecas que en las fábricas fabrican, ¡qué versos tan inspirados! ¡cuántas cosas te diría! Para ella no hay otra cosa que juguetes en la vida. Juguetes por la mañana, juguetes al medio día y juguetes por la noche. Si le preguntas qué amiga le gusta más, te contesta «que la juguetona brisa.» Siguiendo el refrán que dice: «de tal palo tal astilla», á mi angelical pimpollo le tira la poesía; y, no es extraño escucharla allá en sus charlas de niña, como se recita aquello de: «Hojas del árbol caídas...» Juguete yo del destino, sin la bastante alegría para hacer versos amenos, y juzgando por mi vida la de otros muchos poetas á quienes pides que escriban para tu BAZAR MURCIANO, propongo desde este día: que para que tu periódico lleve lo que necesitas en obsequio á las muñecas, los caballos, las cestillas, los sables, los abanicos, los Pierrot, las Colombinas, y tantas y tantas cosas que tú vendes baratísimas, propongo, digo y repito, que el BAZAR MURCIANO pida que para el año que viene lo escriban niños y niñas.

ANTONIO OSETE.

Madrid, 903.

Los productos de la fama

Era el último día de la feria. El crepúsculo de la tarde esparcía sus indecisas luces sobre el anchuroso muelle y la noche venía tras de los tonos tristes del día que acababa.

Un punto cuya vaguedad aumentaba la lejanía, divisábase en el horizonte; pero no tanto que no pudiera distinguirse en él cierto fulgor luminoso que á manera de viento le rodeara.

Poco después la luna bañaba el espacio con su perlada luz y el mar adquiría el reflejo fantástico del astro de la noche.

El punto que antes destacábase en el horizonte, había acortado la distancia y entraba en el puerto convertido en gallarda nave, hermosa como el sol y brillante como la aurora. Su casco era de oro, su arboladura de plata, sus desplegadas velas de púrpura y sus banderas azules, azules como el cielo. Majestuosa é impelida por el suave aliento de enamorada virgen, llegó al centro de la bahía y dió fondo con su ancla de esmeraldas y topacios.

El asombro ante aquella prodigiosa nave era indecible. Los muelles llenáronse de una multitud inmensa. La admiración no tenía límites.

Sobre el castillo de proa destacábase hermosa mujer vestida de blanco. Sus manos de armiño sostenían níveo estandarte, en cuyo centro, grabado con záfiro, se leía: BAZAR MURCIANO. En el mástil flameaba larga insignia y con caracteres de fuego, CARTAGENA-MURCIA.

Heráldicas trompetas anunciaban á la muchedumbre el arribo de lo que

más parecía mágica embarcación. En pocos momentos llenóse el bajel de gente que ansiosa deseaba admirar aquel portentoso. Junto á la escala, de bruñido esmalte, recibía á todos Ricardo Blázquez, su dueño, y cien niñas, ricamente ataviadas, servían de *cicerones* á los visitantes.

Cada compartimiento del barco estaba destinado á una sección especial. Todos tenían, sobre la puerta de entrada, la clasificación que correspondía á sus objetos. PARA NIÑOS. PARA JÓVENES. PARA NOVIOS. PARA REGALOS DE BODA. PARA LOS DIAS DEL SANTO, etcétera, etcétera. Y ante aquella acabada exposición, ante aquellas maravillas de la industria y ante aquellas manifestaciones del arte, el ánimo se sobrecogía y quedaba absorto. Cuanto puede soñar la fantasía y el refinamiento del gusto, hallábase allí reunido. ¡Qué de preciosidades y qué de delicadeza había presidido en la elección!

Terminada la visita comenzó el trasbordo de la preciosa mercancía á los trenes que esperaban, y en las primeras horas de la mañana, férreo convoy llevaba á Murcia, la ciudad de las flores, lo que el desprendimiento de Ricardo Blázquez había adquirido en los talleres de la fama para ofrecerlo en la presente feria en su Bazar de la Platería, como regalo á sus favorecedores y amigos y en hora de sus establecimientos de Murcia y Cartagena.

R. GARCÍA MORENO.

Cartagena.

UN RUEGO

Permítame V., mi querido Ricardo, que pase por alto las lujosas vitrinas y los tentadores escaparates, donde V. expone en artística confusión lindos juguetes alemanes de complicado mecanismo, preciosos *biblotés* franceses de tonos delicados y mil primorosas chucherías.

Llaman mi atención otros juguetes, de tosca labor y bastos tonos: caballitos y tartanitas de cartón, que V. coloca por los rincones, en el suelo.

Tal desdén aparente aumenta mis simpatías y yo revelo la impresión que esos juguetes me producen, para hacerle un ruego.

Esos juguetes están hechos en Murcia; yo los he visto fabricar en alguno de esos huertos que sujetan en cinturón de flores la dormida ciudad.

Allí, unos niños pobres hacen esos caballitos y esas tartanitas para los niños ricos. Cuando los niños ricos compran tartanitas y caballos, los niños pobres tienen pan.

Dígame V., amigo Ricardo, á todos sus parroquianos, que compren para sus hijos caballitos y tartanas.

ENRIQUE RIVAS.

Áncora de salvación

LO QUE PUEDE EL BAZAR

Don Facundo vino al mundo antes del año cuarenta; pasaba de los sesenta por lo tanto, Don Facundo.

Jóven, en sus tiempos buenos, se dió á disfrutar de todo, y no fué, de ningún modo, un santo, ni mucho menos.

Con oro, que tanto brilla, nada se le resistió, y fué el lema que adoptó: ¡Adelante; ancha es Castilla!

Subió en esta alegre brega de la vida por la escala, y al fin le llegó la mala como á todo el mundo llega.

Los días en que encorvado quedó su cuerpo achacoso, y solo un recuerdo hermoso guardó del tiempo pasado;

Los días en que al bureo siguió la apacible calma y pensó en salvar el alma y decir: *Confiteor Deo*;

Los días del triste ocaso en que pensando en morir dijo: Nada, hay que vivir prevenido, por si acaso.

Días en que en un revuelo quedó hecho un carcamal y ni con Petróleo Gal le volvió á salir el pelo.

Sus deslices eran tantos que pensó el hombre afligido que iba á ser mal recibido por Dios y todos los santos:

Y haciendo una estrafalaria última hazaña final, dispuso esta original cláusula testamentaria:

«La más preciosa corona fúnebre, que se halle á mano, quiero de EL BAZAR MURCIANO; del que la fama pregona

que alcanza su gran virtud á más de esta, á la otra vida; y ponédmela enseguida encima del ataúd.»

Murió Don Facundo y fué del cielo á la portería; si la corona sería como él encargó, no sé.

No sé si de ébano ó cedro; pero sí sé que admiró á todo el que allí la vió, comenzando por San Pedro.

En un corro embebecidos la corona contemplaban y en ella atentos fijaban todos, sus cinco sentidos.

Y mientras ven al detalle la corona mortuoria... ¡el otro se entró en la gloria como Pedro por su calle!

M. Perro Garcia
DESDE MI BARRACA

A un tal Ricardiquio Blazquez, que me punca y compromete pa que le diga cosas que remanente á los jubetes.

Yo soy un panocho viejo de montera y zaragüelles, y habito en el Llano de Brujas inde el año treinta y siete. Vivo en la misma barraca que habitó mi páere siempre y aquí abrieron la boquiquia y echaron tuiquios los dientes los zagales y zagalas que me dió mi Marinievas.

A tres varas de mi puerta pasa er brazal de los Peres y hace espejiquios el agua sobre er clinarro que tiene y que echo yo en la solera pa que un ramblizo semeje y no haya ranas, lombrices, ni tejeores, ni sierpes.

Hay á la erecha una higuera que tiene un ternor y un ese, que nos quita el rechichero cuando se errite la gente.

Si la cieca vié renclía la gloria con ella viene, y anque viejo y arrugao me arrisco, me pongo alegre, y me voy á los bancales con mi legón reluciente; y al ver como entra á portillo el agua, que vá á esparcerse, erribando caballones y así como relamiéndose, páece que er pecho se esancha del arbullo que se siente.

Aquí en este rinconciquio no hay calenturas ni pestes, relacas, ni males malos, y er que se muere, se muere porque se le seca er jubo, como al árbol le sucée.

En mí no hay naide que mande, ni naide que me arrepiete, ni he querido ser perráneo ni lo seré anque me esuellen, pos vivo mejor que un fráile y naide mi ráuta tueree: mi familia, mi averío, mi concencia, mis deberes y vivir como er Pae Quieto hasta que espiche y me entierren.

Y por eso cuando ascucho trigedias en los papeles; cuando esfiso que en tó er mundo anda regüerta la gente, como si en vez de presonas

juéramos lobos silvestres; cuando oyo que háy malas máeres que á sus zagalas previerten y páeres que se emborriachan y hermanos que no se quiteren; cuando oyo tuiquio esto, pienso que si er deluvio no viene vá á dar un esclavejío er mundo por mitá el eje, que no vá á quear ni una chicharra pa que lo cuente.

Y es que tuiquio anda torció sin qué naide lo enderece, porque es cosa der demonio que tó lo endea y regüerve y vá como las avispas á ver ande er guisquis mete.

Cuarquier zagaliquio ahora se vá á Murcia por los jueves y en vez de entrar ar BAZAR MURCIANO á mercar jubetes, merca estampiquias con timplés ú con Evas sin serpiente, y luego le salen caras las galopescas que apriende.

Las zagalas se embelesan cargándose pelendengues y en vez de aquellas parrandas que yo bailé en hilo tẽmpore, se agarran pa bailar puercas ú er tanguiquio der lerele.

¿Y qué pasa? Que se enritan, les entra luego argùn duende, se ponen argo zorollas y quean mozas pa inséculis.

Ya lo he dicho y lo remacho, pa ser güeno y pa ser juerte, no hay más que dalle á la vía un sejo, y er sejo es este: la vertu, er temor de Dñs y er trabajo premaniente. Lo más es vivir lo mismo que vive un sarta-pe ete dẽesos que espacha Ricardo Calleguras de bufets, que hay que tocallo po azaga pa ver de que se reñeen y, cuando dán má bustiquio, entoces se rompe r muelle.

José Fruto, Balera

DE MUÑECAS

Á RICARDO BLÁZQUEZ.

No es posible negarlo, amigo mio; tiene usted en su comercio preciosas colecciones de muñecas de grandes ojos y rizado pelo, ataviadas con vistosos trajes, cintas, plumas, collares y sombreros, que atraen la mirada y nos sacan gustosos el dinero.

No es raro que contento usted se muestre al verse de ellas dueño y por poder al comprador que llega á su establecimiento ofrecerlas, ya sueltas ó ya á pares, con fina voluntad y á corto precio.

Pero, Ricardo, aunque inmodestia sea, á declararlo sin rubor me atrevo; todas esas muñecas nada valen ante las dos muñecas que yo tengo y que no las daría por todo cuanto encierra el Universo. Las de usted han salido de la fábrica; ¡las mías han bajado de los cielos!

J. TOLOSA HERNANDEZ.

Ante el Bazar Murciano

ACRÓSTICO

Estuches y figuras muy primorosas, lindísimos juguetes de todas partes, bastones y muñecas que son preciosas, adornos que formaron todas las artes, zarandajas y cosas muy caprichosas, y juares pequeños, cuyos primores recuerdan maravillas á los comprantes. Nil dijés escogidos, de los mejores, en bazar portentoso, cuyos estantes relenan muñequitos encantadores; cinturones de sedas y cuero sano, invenciones modernas de mucho gusto y banicos hermosos para el verano, zácares y figuras de hermoso busto... ¡Oh, qué bello y qué rico Bazar Murciano!

VALENTÍN E. ARRONIZ.

LA VERDAD PURA

Quando es injusta la fama que tributa el vulgo necio á quien su capricho aclama, el buen juicio, que se escama, responde con el desprecio.

Mas si la reputación es sólida y en justicia, sin buscar la ostentación, se agranda en toda ocasión ahuyentando la malicia.

Tal se puede así afirmar del renombrado BAZAR que se titula MURCIANO, que siempre supo triunfar del rigor del tiempo vano.

Nació ya de cuerpo entero, creció entre la simpatía, se distinguió en el esmero, y fué el que aportó primos, objetos de gran valía.

Sin alardes de arrogancia, exhibió preciosidades de Inglaterra, Prusia y Francia, y atrajo á sí la elegancia y subyugó voluntades.

Hoy, llegado al apogeo, su nombre la España llena; ve cumplido su deseo, y es de las bellas recreo en Murcia y en Cartagena.

De estos dos centros de moda van á la provincia toda fardos enormes sin tasa, y ha conseguido esta casa ser non-plus para una boda.

¿Qué no se habrá de pedir que aquí no se pueda hallar? ¿Y quién sabe resistir la magia que hace fluir de su seno el gran BAZAR?

Lujo, modestia, medianía... siempre en forma de buen gusto aquí lo tenéis á mano: así su renombre justo adquirió el BAZAR MURCIANO.

Por eso su fama aumenta con sin igual rapidez, y el comercio tiene en cuenta todo el valor de su prez.

Y si al mercado se lanza la firma de Blázquez sólo, es tan grande su pujanza, que cuanto pretende alcanza desde el Ecuador al Polo.

Andrés Blanca

EL MÓNSTRUO

SONETO

Por el Palacio del BAZAR MURCIANO, el Caligula-Blazquez se pasea; en los ratos de calma se recrea en mirar su poder, que es sobrehumano.

Ora es el fiero Herodes inhumano y es estrellar los niños su tarea; ora César Augusto, y se rodea de millares de sabes á su mano.

Ya suena su infantil trompetería, ya mueve la infernal caballería, ya hace de Meístófles mil muñecas.

Y tiene en su despacho por blasones para envidia de Aquiles, mil talones; para envidia de Alcides, mil muñecas.

P. JARA CARRILLO.

EN EL MUSEO

Deslumbrada el alma por la soberana visión de tanta hermosura como parecía florecer en primavera resurgimiento del arte clásico, evocado por el genio inmortal de inmortales griegos, me despedía yo absorto, pensativo, de aquel grandioso Museo incomparable, poblado materialmente de inauditos prodigios del cincel, que modela al bloque informe, dando á las rudas durezas de la piedra inerte las sagradas palpaciones de la vida, y los alientos divinos de la pasión, y la tremulación augusta, hermosa, misteriosísima, del sentimiento humano; había vivido, con la vida inmaterial del pen-

samiento que se enamora frenéticamente de las glorias pasadas, en el seno profundo de aquellas primitivas civilizaciones, henchidas de la inspiración creadora que hace remontarse al espíritu hasta las sublimes cimas del ideal en lo humano, engrandecidas y abri-llantadas las vagas lejanías de lo porvenir con doradas vislumbres de un progreso creciente é interminable: mi alma había aspirado raudal copiosísimo y floreciente de arte puro, immaculado, glorioso, que dejaba flotando en la retina no sé qué imágenes destumbradoras, no sé qué perfumes primorosos, no sé qué escorzos ideales, girando todo entre im palpables ondas de éter purísimo, las cuales irradiaban de la tosca materia, ya domada, ennoblecida, iluminada místicamente por el Arte, por el gran Arte que hizo de Miguel Ángel un coloso y de Fidias un gigante, dos solemnes evocaciones, vivas, del milagro sobre la tierra.

Y cuando volviera la cabeza, prostrado en actitud extática, con los ojos inmóviles, miraba inmóvil todavía la asombrada mente ante la triunfal Vénus de Milo en su arrogante majestad helénica, hábito supramundano infundido en el barro palpante de la carne, distinguí la silueta borrosa de un hombre que abrazando á un Galo moribundo pugnaba por arrancarlo de allí y pretendía cargar con tan soberbia obra á cuestas: era, amigos lectores, el inclito Ricardo, que, en un exceso de apasionado amor al arte egregio de Roma y Atenas y queriendo honrar magníficamente su Bazar Murciano, había pensado como de Museo á Museo no hay sensibles diferencias para que el enorme yeso protestara mudamente en su eterna, dolorosa serrenidad de vencido...

LUIS DIEZ GUIRAO DE REVENGA.

Juegos Florales

EN EL BAZAR MURCIANO

DISCURSO DEL MANTENEDOR

...cunaban excelencias de sus damas, é iban de ceca en meca pregonando, con el laud pendiente á las espaldas, que era el amor la llama poderosa en la que el mundo sin cesar se inflama. Los tiempos medievales ya pasaron, no se usa la melena ensortijada, el bardo es un Adán, un don cualquiera que lleva el pelo recortado á rapa; que no canta á la luna, ni distingue sus ténuas hebras de bruñida plata que ortan la faz sonriente y candorosa de la altiva y hermosa castellana. ¿Sabéis por qué? porque en la edad presente no esperéis que se escriba otra Araucana; se escribe una Oda enalteciendo á un plato, se canta en un soneto á una tostada; y, lo que es aun peor, al higo chumbo en verso alejandrino se le ensalza... Pues bien: en estos tiempos decadentes un paladín del Arte se levanta y organiza un Certámen Literario para que rompan los poetas lanzas; el gran Blázquez, insigne comerciante, cuyo Bazar pregonó la fama. La encantadora Reina de la Fiesta, que alumbra con la luz de sus miradas, debe estar orgullosa del reinado y del trono de amores en que se alza. Los poetas premiados satisfechos, pues además de gloria, en la jornada alcanzaron regalos provechosos — que ya sabemos que la gloria es nada — todos de este Bazar que fundó Blázquez y que se ha hecho el mejor de toda España. ¡Ah, señores! Terminó mi discurso sin hablar de políticas patrañas, pidiendo humildemente para Blázquez como al fin de sainetes, mil palmadas. (Aplausos prolongados, persistentes, y, para el orador, muchas patatas.)

POR LA COPIA, JESÚS CARRILLO.

Cartagena

Los encantos de Rosa

Como giran en torno á flor hermosa mil abejas en busca de las mieles, en torno á la gentil y linda Rosa giran locos de amores los donceles.

Que es tanta la belleza y blanura de ese cuerpo de rosas y jazmines, que llevando por lema su hermosura lucharán los antiguos paladines.

Son tus labios, cual flor en primavera, es tu boca de perlas un tesoro, y es tu rica, abundante cabellera, luciente como el oro.

Tu cutis nacarado, Rosa mía, es terso como el lirio alabastrino, y el corazón ansioso se extasia con su aroma divino.

Mas, sabemos tú y yo que esa belleza, ese encanto radiante, soberano, no te lo dá la gran Naturaleza, ¡sino el Bazar Murciano!

FULGENCIO BARADO.

HECHIZOS

Para el «Bazar Murciano»

Para pedirle joyas á su esposo, la rubia y gentilísima condesa le acaricia la faz mimosamente con sus manos de Venus Citerea, perfumadas *ad hoc* con el perfume favorito del conde: la violeta.

Del campo del honor ha vuelto herido el conde, y, junto al lecho, la condesa, no joyas, es perdón lo que le pide, la triste faz acariando tierna, perfumadas *ad hoc* las níveas manos con suave perfume de violeta.

Las siguientes palabras he leído en un *liario* en que apunta la condesa sus impresiones íntimas: «Podemos las mujeres, del mundo ser las reinas, tan solamente con hacer caricias y con tener un frasco de violeta.»

JOSÉ PEREZ BOJART. San Javier 2 Julio 1903.

MIMUÑECA

Vi una muñeca en el Bazar un día, de negro ojo y mirada ardiente; rebotaba en su cara la alegría, una alegría franca é inocente.

Era su risa de ángel, deliciosa, y entreabiertos sus labios color grana, parecía, en su hermosa, que despuntaba á la mañana.

Hace tiempo la vi, y nunca olvido aquella cara que en mis sueños veo; la primera impresión que he recibido que ha colmado con creces mi deseo.

Yo he visto aquella cara primorosa en otro cuerpo esbelto y elegante; yo la he visto más grande, más hermosa yo la he visto cual astro rutilante.

La muñeca que sueño, es más crecida es su cara más blanca que la nieve; es la misma muñeca; tiene vida... ¡es la misma muñeca, que se mueve!

JOSÉ ZAMORA MARTÍNEZ.

CARTA ABIERTA

PARA RICARDO BLÁZQUE

No hay medio, querido Ricardo, de escapar á la persecución activísima que hace V. objeto á los colaboradores de su simpático y elegante BAZAR. Poco dispuesto que el ánimo se encuentre, á despecho de hondas preocupaciones que absorben toda la atención no es posible sustraerse á su requerimiento constante y cariñoso.

¡Un trabajo en prosa ó verso, ó la vida! Este viene á ser el dilema en que V. nos coloca: porque si no había usted de arrebatárnosla en un momento, á impulso de una hoja de acero ó un pedazo de plomo, acabaría por privarnos de ella á fuerza de reproches stuyos y de remordimientos de nuestra propia conciencia.

Conozco literatos y poetas archifamosos por su haraganería ya tradicional, tanto como por la brillantez de su prosa y la inspiración de sus versos; y cuya firma, sin embargo, no deja de aparecer ningún año en las columnas de EL BAZAR MURCIANO. ¡Si esto lo significa un enorme triunfo de la perseverancia de su director, que venga Dios y lo vea!

Tiene V., por lo visto, admirablemente organizado en su Bazar, el negociado de prensa, hasta el punto de contar para los colaboradores perezosos, entre los cuales me he contado en el presente año, y no por falta de buen

deseo, con verdaderos agentes de apremio, capaces de conminar muy seriamente, incluso con el recargo de tercer grado.

Deseoso yo, tanto de complacer á V. como de no incurrir en los rigores del procedimiento, le envío las adjuntas cuartillas, no para cantar las excelencias del tan manoseado *Petróleo Gal*, ni para encomiar las virtudes odoríferas de la *Colonia Warden's* tan propia para enamorados por su sugestiva marca (dos corazones), ni para asegurar que los ferrocarriles de juguete que en su Bazar expende, no producen tragedias tan horrosas como la de Cenicero y la más reciente del Metropolitano de París...

No trato, no, de hacer el artículo, con un artículo de reclamo, á los artículos de su grandioso y favorecido Bazar: únicamente trato de pedir que se le haga á V. justicia, expidiéndole nombramiento de guardia civil honorario: porque si para la caza de criminales, desplegara el instituto benemérito el insuperable celo que V. emplea en la caza de escritores y poetas, no podría decirse con un ilustre general y político, que era España «un presidio suelto.»

De V. affmo. amigo,

F. BAUTISTA MONSERRAT.

¡ALÁ VÁ!

¿Mi opinión sobre el BAZAR? Voto con la mayoría; que es una tienda sin par, y que ha logrado alcanzar envidiable nombrada.

Jamás otra tienda ví con tan rica colección de esencias como hay aquí, ni en figuras de *biscuit* ni en lámparas de salón...

Pues ¿y los chanclos de goma, el perfume más seguro contra el agua? (punto y coma) no tomar el dicho á broma, ¡á duro se dán!, ¡á duro!

De tan grande baratura la extraña razón no toco, y exclamo en tal apretura: Ricardo: no seas criatura, pero ¿es que te has vuelto loco?

¡Chanclos por veinte reales cosa es que nunca se vió; más baratos, sí, cabales; pero á estos otros iguales ó tan superiores, no.

(Ayer así yo decía, y Ricardo que me oía, sin poderse contener exclamó:—¡Eso es conocer el arte de la poesía!)

Y yo seguí:—¡Ah, señores! Venid á ver el BAZAR: aquí hallareis los mejores y más hermosos primores que se pueden encontrar.

Desde el rico chocolate al más humilde juguete, aquello es un disparate... riqueza y gusto en empate, que al comprador compromete.

Es todo lo de esta tienda bueno, bonito y barato; no hay quien cual Ricardo venda ni quien de tiendas entienda y no dé liebre por gato...

—¡Es esto lo que quería, Don Ricardo?

—Sí, señor; ahora, la firma.

—¡La mia?!

—¡Claro!

—Pues, firmo. ¡Qué horror!

J. MARTÍNEZ ALBACETE.

REINCIDENCIA

Aunque no falte quien diga que son muy malos mis versos, otra vez en esta forma he de seguir escribiendo.

Ya que tanto se permite en estos benditos tiempos, ¿por qué no se me concede la libertad que pretendo?

Bien sé que no soy poeta

ni tampoco aspiro á serlo, pero otros que son peores pasan por vates completos.

Sólo una vez, de año en año, á versificar me atrevo: ¿no valiera más que algunos siguieran mi noble ejemplo?

Escribo así, porque ensalzo las grandezas del comercio y doy á las bellas letras el valor que dá el dinero.

En el mostrador aspiro la esencia de lo más bello admirando la finura de galanes caballeros.

Y cuando una señorita de ojos rasgados y negros me compra cualquier juguete, en el arte me embeleso.

Pues nada digo si es rubia y de mirada de cielo: entonces, á mí descende de la inspiración el fuego.

Si es campesina ó huertana ó flamenca de pañuelo, siento que late al mirarla el corazón en mi pecho.

Y esto es, poesía elevada, cual la sintió el mismo Homero, que al cabo de un año, en forma de pobre romance vierto.

Y yo digo á los poetas: ¿quereis beber un veneno de belleza inagotable y de grandezas sin cuento?

Pues, dejad los suspirillos que hoy son fruta de copleros, y en mi Bazar inspiraos, contemplando este portento.

Después de pasar revista á dos millones de objetos donde la naturaleza y el arte aunaron su esfuerzo.

Vereis qué soberbias damas y qué galanes apuestos se llegan con su presencia á honrar mi establecimiento.

Oireis frases escogidas, rasgos de sutil ingenio, conversaciones amenas y relatos novelescos.

Aquí viene la hermosura de Murcia y todos sus pueblos, y á una exposición de flores se parece este aposento.

¿No es esto para inspirarse, experimentando dentro del alma mil emociones del más dulce sentimiento?

Pues por eso yo me inspiro, por eso dulzuras bebo, y en estrofas doy salida á lo que en el alma tengo.

¡Viva mi Bazar que es fuente de los más grandes afectos! ¡Poetas: para inspiraros en el mostrador espero!

RICARDO BLÁZQUEZ.

CHARADA CON PREMIO

Al primero que presente la solución de esta charada, en el Bazar Murciano, se le regalará un objeto, según su categoría (la categoría del que la acierte). Es muy sencilla. Dice así:

El «tres-cuatro» de «una-dos» se sabe porque es «tres-cuatro»; que el «todo» sea «una-dos» desde luego hay que aceptarlo; pero que sea «tres-cuarta» un «una-dos», no lo paso.

UBICUMQUE.

Servicio Telegráfico

De nuestro corresponsal especial The patent London, et non The Times.

LONDRES 31 AGOSTO (9'45 N.)

Salió urgencia pedido perfumería de Atkinson, boquillas ambar espuma, mayólicas, juguetes.

Aparte envió dos mil frascos agua colonia Wardens, marca «dos corazones.»

Envío vá consignado á BAZAR MURCIANO, MAYOR, 33, CARTAGENA. Al BAZAR MURCIANO en Murcia, doble cantidad con motivo feria.

Condición expresa vendan precio coste sin cambio moneda. Llegó sin novedad farola del Arenal, vino vertiginosa huida. Acepta sustitución si fuente luminosa arde petróleo Gal.

Imp. de El Diario de Murcia.